
CONFESIÓN DE UN VENCIDO

«Crean ustedes (lo dice una mujer) que los hombres son muy tunantes, sobre todo cuando además de hombres, son primos; quiero decir, cuando tienen primas tan tontas que se ablandan ante sus amorosas quejas. Me sobra razón para decirlo y aún para chillarlo á los cuatro vientos. La verdad es que debía enfadarme más conmigo misma y con todo mi sexo, que con el otro: porque si ustedes supieran lo que ha sucedido hoy, es decir, lo que á mí me ha sucedido... Es inútil que pretenda callar. Se me viene la confesión á los labios, y si no lo digo reviento. ¡Estos nervios tan graciosos que Dios me ha dado! ¿Pues no resulta ahora que tengo una alegría feroz? ¡Ah, tunante!

“Cuando rompimos nuestras relaciones, fué

una suerte que él estuviera en Barcelona. A tenerlo delante, le abofeteo, de seguro. Porque la culpa la tenía él, vaya si la tenía. Puede, no digo que no, que yo me extralimitase algo en aquella carta; pero, de todos modos, estaba en mi derecho. ¿Se figuraba ese... que iba yo á mendigar su cariño?

»Después de esto, calma completa y dos meses sin noticias suyas. ¡El may ingrato! Nada, ni una letra, ni siquiera á mi madre. Bien podíamos habernos muerto las dos, y él tan tranquilo. A mí (debo confesarlo para vergüenza mía), según fué pasando el primer arrebato, se me iba ablandando el corazón. El hecho es que, cuando sucedió *aquello*, me quedé como boba, ¿qué se yo? Así, sorda, como se queda una casa de muchos chiquillos después que salen todos de paseo. ¡Pues ná! La bobería fué de mal en peor, y concluyó por ser pena, verdadera pena. Callandito, callandito, y en lo más hondo del alma, llegué á confesarme que me arrepentía de lo hecho, y ¡qué rabial que lo quería aún, vaya si lo quería. Pero la dignidad ante todo. Resolví enérgicamente no ceder, aunque me lo pidiese de rodillas, aunque volviese hecho un santo, canonizado y todo. Estaba bien segura de mí misma en este punto; y sobre todo, volver él ¡Bonito orgullo gasta para humillarse! Estaba yo bien segura que no volvería aunque se muriese... ¡Como no hubiera encontrado ya otra, por ahí!

»Hoy es su santo. Bien me acordé al despertarme. Cuando salí de mi cuarto, vestida para ir a misa, me dijo Juana que la mamá no se había levantado. Jaqueca tenemos. Fui á su alcoba, y claro es, jaqueca. Resultado: que fuimos Juana y yo solas á misa.

»He oído pocas con tanta devoción. Recé por la mamá, y luego, con un poco de vergüenza, por el santo del día. ¡Mala persona! ¿Qué estará ahora haciendo? (Claro es que hablo de él, de mi primo, no del santo.)

»Se acabó la misa y salimos. El calor apretaba ya de firme; ¡pero había un olor tan delicioso y rosas y nardos en la calle! De repente, al doblar una esquina ¡zás! un caballero que nos para. ¡Virgen del Socorro! Al principio no lo conocí, ofuscada con la luz del sol que me daba de frente; pero en cuanto me habló y oí el timbre metálico, vibrante, enérgico y cariñoso á la vez, de su voz, me flaquearon las piernas. Debí ponerme muy colorada y no supe qué contestar.

»Y él como si nada. Se me puso al lado y me preguntó por mamá. No tuve más remedio que contestarle, claro es: hubiera sido una descortesía; pero contestaba maquinalmente, casi sin oírle, como si me hablara de muy lejos, desde Barcelona. Lo que me preocupaba entonces era la gente. ¡Bonitas cosas iban á decir! Yo, colorada como un pavo, y él allí, charla que te charla. Para colmo de desdichas, pasa

ron las de Gómez. ¡Qué ojos nos echaron! ¡Envidiosas! Ya sé que se alegraron mucho cuando rompimos.

»La mamá recibió muy bien á Guillermo. Siempre lo ha querido mucho y aún lo disculpa y lo defiende cuando yo me sulfuro más de lo regular, acordándome de *aquello*. Le estuvo regañando un poco por no haberle escrito en tanto tiempo. Luego ya no sé de qué hablaron, porque yo me salí de la alcoba, para traerle un caldo á mamá.

»Lo gracioso es que no me atrevía á volver.

»No exagere si digo que temblaba como cuando estoy nerviosa de veras. Y lo estaba. Motivos, bien los había. Por fin me decidí. Juana pasó delante con el caldo y yo me detuve en el comedor para sacar el Jerez, que tanto gusta á mamá.

»Cuando tenía inclinada la botella para verter el líquido, oí su voz en el corredor. Me llamaba. Y tenía valor para llamarme! ¡Vaya! Y algo más. Entró.

»—Tu madre no quiere caldo, no quiere nada—dijo.—Pide antipirina.

»Me atreví á mirarlo cara á cara. La verdad es que aún no le había mirado bien. Estaba menos moreno, más grueso, con los labios más rojos. Me pareció, sin embargo, más feo que antes. Debía ser la barba, demasiado larga y áspera. ¡Dios mío! ¿Por qué no cuidarán más su *toilette* estos hombres?

»El me miraba también y sonreía. La sonrisa me pareció un desaffo. Me puse otra vez colorada, pero de rabia.

—Bueno—contesté. ¿Querías algo más? Lo dije tan secamente, que creí se iba á ir. Pues no señor: á la otra puerta. Avanzó unos pasos y casi murmuró: ¡Sí!

»Me callé, empezaba á sentirme mal.

»Avanzó aún, casi hasta tocarme, y medio sonriendo siempre.

»—¿Se te ha pasado ya el enfado conmigo?—preguntó, comiéndoseme con los ojos.

»—No, no—repuse.—¡Si te parece! Hay cosas que no se perdonan.

»—Mala cristiana haces. El tiempo lo perdona todo... y yo también.

—¡Tú, tú!—grité.—¿Pues qué te he hecho yo, dí, qué te he hecho, si no es quererte como nunca has merecido?

»Comprendí enseguida que había dicho una imprudencia, al observar la alegría que se pintó en su rostro. ¡Ay, ay! ¡Qué mal se ponía aquéllo! Decididamente, yo flaqueaba. El muy tuno, cambió enseguida de expresión y se puso muy triste.

»—¿Conque no?—dijo.—¿Habré de marcharme rompiendo el ramo de olivo que traje? ¿Vas á condenarme para siempre á eterna soledad, á frío moral perpétuo, á vagar en la vida con el vacío de un cariño que nadie más que tú puede llenar?

»No sé á punto fijo si lo dijo así; pero fué algo muy parecido, sin duda. El hecho es que me enternecí más. ¡Y se iba poniendo guapo el muy traidor! Tuve valor para decirle:

—¡Si crees que vas á engañarme con tus palabras dulces! Ya no puedo creerte, aunque lo jures.

»Y en seguida, me arrepentí de haber dado esta sentencia tan grave, porque se puso muy serio. El pobrecillo es muy bueno en el fondo, muy trabajador, muy decente. Puede que se haya arrepentido.

»Creí, por un momento, que iban á saltarle las lágrimas. No debía saber lo que se hacía, porque me cogió una mano entre las suyas y la apretó suavemente. Me entró una flojedad muy dulce; un hormigueo suave, que iba desde la mano al pecho, quitándome las fuerzas.

»—Oyeme—decía él.—Te lo digo como si hubiera de morirte en el instante. ¿No te parece que vamos á hacer una tontería si acabamos de veras nuestras relaciones? Estas cosas tienen remedio la primera vez; la segunda, ¡imposible! ¿A quién voy yo á querer sino á tí? Ya no soy ningún niño; te he consagrado mi primera juventud, viviendo contigo en intimidad estrecha de ideas y de ilusiones. He ocupado en formar tu espíritu tanto tiempo como en educar el mío; nos hemos acostumbrado el uno al otro. ¿Quieres que ahora me eche á buscar en el torbellino de la vida otra mujer á quien darle nuevo cariño,

á quien adaptar de nuevo, de manera que nos entendamos como contigo me entiendo?

»No fué ya hormigueo, sino una punzada muy fuerte lo que sentí en el pecho, sobre el corazón, y de repente me puse muy triste.

» Dime que no quieres eso—añadió.—Dime que el enfado fué cosa pasajera, que el cariño sigue en tí lo mismo que antes, lo mismo...

»Me cogió la otra mano y murmuró á mi oído:

»—¿No es verdad?

»¡Ah, infame! Sí era verdad, y debió leerlo en mi mirada, en mi sonrisa, en la presión suave de manos con que espontáneamente contes té á la suya.

.....
»¡Dios mío! ¿Y en eso han parado mis propósitos de energía y de castigo? ¡No, no le perdono que me haya vencido, y se lo haré pagar!... ¡Vaya si lo pagal

»¡Y cómo van á rabiarse las de Gómez!»